

**EL HOMBRE: UNIDAD PLURIDIMENSIONAL**

POR

WILLIAM BOTERO DUQUE

In Memoriam: Doctor Pedro Laín Entralgo

La pregunta: ¿Qué es el Hombre? Es un interrogante que aparece con insistencia en los períodos que se denominan de crisis. En la época de florecimiento y crisis del período democrático en la Atenas antigua, la pregunta surge en forma perentoria en boca de Sócrates quien ve la crisis provocada por el relativismo que tratan de implantar los sofistas y que, al final, provocará la caída del sistema logrado por Pericles.

En la misma forma, desde comienzos del Renacimiento en los siglos XIV y XV, ante la crisis que se provoca en el gran sistema de pensamiento que había legado la Edad Media, la pregunta por el hombre se convierte en el hilo conductor de toda reflexión en torno a los grandes problemas que se plantea la filosofía.

El siglo XX que acaba de terminar fue un período de crisis en el cual, dados los grandes avances de las ciencias y de la tecnología, acaban estos por poner en entredicho los fundamentos mismos sobre los cuales había estado edificada la tradición heredada de siglos anteriores. De la misma manera, la pregunta por el hombre se constituyó en el eje de la reflexión filosófica; durante ese siglo nace una nueva disciplina del pensamiento llamada antropología filosófica, la cual pretenderá con buenos derechos desplazar de su oficio a la antigua metafísica como campo de fundamentación de todo saber.

Para entrar en el tema, diremos que la pregunta: ¿qué es el hombre? La podemos abordar dentro de tres campos: el primero es el de las ciencias. Éstas han proporcionado, especialmente durante el último siglo, el gran caudal de conocimientos acerca de los principales derroteros dentro de los cuales se

mueve la pregunta misma. Hoy, gracias a las ciencias, poseemos muchos más y mejores conocimientos acerca del hombre, que en épocas anteriores. La ayuda imprescindible de las tecnologías hace que el campo de experimentación de nuevas posibilidades se ensanche y nos prometa tiempos futuros diferentes a los que hoy vivimos. Estas posibilidades hacen que entren en choque los antiguos valores que sustentaban la visión del hombre. Pensemos, por ejemplo, en el terreno de la ética al momento de hablar posibilidades como el aborto, la eutanasia, la clonación de seres vivos, etc. Estas dificultades que hoy afronta el campo de la ética exigen una reflexión sobre aquello que constituye al hombre, sobre su valor intrínseco como persona humana y su dignidad y sobre lo que significa su libertad.

Las ciencias nos han enseñado que el hombre es, ante todo, un ser vivo, esto es, un ser de la naturaleza como la planta o como el animal. El campo de las ciencias se mueve dentro de este horizonte; no le compete, en principio, a las ciencias comprender al hombre desde un ángulo diferente al de la visión natural. Recordemos que esta visión nació desde cuando los pensadores griegos de la antigüedad entendieron al hombre como una parte de un cosmos, de una naturaleza, y que hace parte de él con las plantas y los animales. Por ello el hombre fue considerado como un animal, lo cual significa que el hombre es un ser animado, es decir, que tiene vida.

Y, ¿qué es la vida? Es una pregunta a la cual se han dado diferentes respuestas a lo largo del tiempo. Una de ellas nos dice que la vida es una capacidad de llevar a cabo actividades inmanentes. Entendemos por éstas aquellas actividades que un ser vivo lleva a cabo comenzando en él y terminando en él. Pensemos, por ejemplo, en la nutrición, en la actividad de pensar, en el reproducirse, etc., son todas ellas actividades inmanentes. Pero, no basta con afirmar que el ser vivo es el que es capaz de actividades inmanentes, ya que las máquinas también tienen esta capacidad. Pensemos en una lavadora o una computadora. Para distinguir la máquina de los seres vivos habrá, entonces, que decir que el ser vivo es capaz de actividad inmanente de manera natural, lo cual hace que la máquina no sea un ser vivo, ya que ella es artificial. No obstante, el átomo es un ser naturalmente capaz de

actividad inmanente y, sin embargo, no podríamos considerarlo un ser vivo. Para aclarar esto, diremos que el ser vivo es el ser capaz de actividades inmanentes de manera natural y en forma autopercetiva. Lo que se quiere señalar con la autopercetiva del ser vivo es aquella propiedad que hace que el ser vivo esté abierto a lograr las potencialidades a las que está orientado.

La anterior, es, pues, una de tantas formas como se ha tratado de comprender el ser vivo, siendo mucha más compleja su determinación si tenemos en cuenta que se trata de un ser con múltiples posibilidades y cuyas estructuras están siendo estudiadas de manera profunda por las ciencias de la actualidad, sin que exista una respuesta definitiva hasta el momento. Frente a los otros seres de la naturaleza, el ser vivo presenta, al menos, cinco características básicas: su constitución celular, el metabolismo, el equilibrio inestable, la eventualidad de la muerte y su organización compleja.

Pero, si bien es cierto que el hombre, tal como nos han enseñado las ciencias, es un ser vivo, esto es, un ser que tiene vida, debemos ir un poco más detenidamente en esta consideración y tener en cuenta otras perspectivas desde las cuales se ha de ver al hombre. En este sentido fue Don José Ortega y Gasset, pensador español del siglo XX, quien llamó la atención al recordarnos que los griegos tuvieron dos maneras de referirse a la vida y que se expresan con dos palabras del griego antiguo: la una es *zoé* que significa vida en el sentido natural; la otra es la palabra *bíos* que designa la vida particular de alguien y en el cual no es importante aquello que él sea por naturaleza, sino lo que él es como una vida particular.

Pudiera afirmarse que con el primer concepto nos estamos refiriendo a un ser vivo en términos genéricos, mientras con el segundo nos referimos a lo que un ser en particular es. En el primer caso, nos interesa que se trate de un ser vivo sin más, en el segundo que se trate de éste ser vivo en particular. Siguiendo esta diferencia de capital importancia, nos encontramos que un hombre cualquiera lo podemos señalar como un hombre sin más, igual a los otros, desde el punto de vista de que él es un ser vivo como cualquiera otro; pero, si lo considero como a éste y sólo éste, que posiblemente tenga un nombre

propio y que es irremplazable si llegare a desaparecer, es otro tipo de consideración.

En el primer caso, la consideración de un hombre como un ser vivo es algo que le interesa al estudio de las ciencias de la naturaleza; en el segundo caso se trata de un ser en particular, esto es, un ser que tiene una “biografía”. Notemos, de paso, que la ciencia que hemos conocido como “biología” no tiene por objeto el estudio del hombre o del ser vivo en general en tanto que bíos, sino en tanto que zoé. Por lo tanto, debería llamarse “zoología” y no “biología”.

Siguiendo de cerca a Ortega y Gasset, el hombre tiene vida, es un ser vivo, esto es, tiene una zoé, es, por tanto, un zoon, esto significa que es un ser animado. La vida en tanto zoé me la regala la naturaleza; en tanto bíos, la tengo que hacer yo. Esto significa que soy yo quien debo construir mi propia biografía, esto es, aquello que hace que yo sea lo que soy.

Debe quedar claro hasta aquí que el concepto de vida no es unívoco, es decir, no posee una sola significación, sino que, por el contrario, al menos posee dos diferentes: vida como aquello que es natural y que la planta, el animal y el hombre poseemos; vida como aquello que yo debo llegar a ser, que tengo que construir, esto es, vida como biografía. Cuando encontramos afirmaciones tales como: “la vida humana es interesante, pues, está planteando retos permanentemente”, “la vida está sembrada de dificultades que debemos superar”, etc., se trata de expresiones en las cuales no interesa para nada la vida en sentido natural, sino en sentido biográfico. ¿Cuál de las dos dimensiones es la más importante?

Frente a esta pregunta, tenemos que responder que, tanto la una, como la otra, presentan su importancia, ya que la mera vida natural sin la vida como biografía, nos reduciría a meros seres naturales como las plantas; pero, la vida en sentido biográfico, sin la natural, no se podría dar. Deberá entenderse, claro está, que se trata de dos dimensiones de una realidad única, unitaria que es el hombre y para la cual el lenguaje carece de una categoría rigurosa que le

permita su expresión. El cuidado médico del paciente consiste, no en la preocupación por una enfermedad, sino por un hombre enfermo.

A pesar de que no podemos negar esta doble realidad o situación en que se ubica el hombre, debemos afirmar una vez más con Ortega y Gasset que “el hombre hace parte de la naturaleza, pero no pertenece a ella”, como lo expresó en uno de sus geniales ensayos. Podemos observar que el “hacer parte” y el “pertener” significan dos realidades diferentes. Si el hombre perteneciera a la naturaleza, no sería más que un animal más; pero, resulta que no pertenece, esto es, su realidad trasciende el orden de lo meramente natural y se ubica en el reino de las realidades biográficas, de las realidades que, en cierta manera, no son, no están hechas, sino que deben contar con posibilidades abiertas para su construcción.

Tanto la filosofía de la existencia, como el existencialismo en el siglo XX, pusieron de relieve que el hombre es fundamentalmente un proyecto, esto es, algo que debe ser construido, que debe realizarse, que no está hecho. El hombre, considerado como proyecto, y el hombre, considerado como existencia biográfica, se corresponden perfectamente al señalarnos la realidad básica de lo que el hombre es. Ello nos lleva a establecer una inmensa diferencia con los demás seres vivos como la planta o los animales: estos no requieren construir el ser que deben llegar a ser. Todo lo que un perro es se lo da la naturaleza como tal. No requiere de más, ya que el perro no requiere de algo diferente a su naturaleza para ser lo que es. Pero, el hombre no es, es decir, no está hecho de una vez y para siempre, sino que tiene que esforzarse en construir su ser como proyecto que es. Yo soy aquello que debo llegar a ser.

La perspectiva filosófica entiende ese proyecto o existencia biográfica que es el hombre ante todo como PERSONA. Que el hombre es persona, es lo que hace que pueda reclamar una dignidad especial frente a los otros hombres y frente a los demás seres de la naturaleza. No quiere esto decir que los demás seres vivos como la planta o el mero animal no tengan que ser respetados por los hombres, o que se conciba al hombre como lo único digno dentro del orden

de la naturaleza y de la vida en general; ello quiere decir tan sólo que aquello que hace que el hombre cobre todo su valor como existente humano es el hecho de que es persona.

Y se entiende por ser persona que el hombre construye su existencia con otros, con otros que son también proyectos, que convive con otros seres que comparten, no sólo su misma naturaleza, sino también ese estar abiertos a la propia realización del ser que deben llegar a ser. El hombre en tanto es persona, es sujeto de derechos y obligaciones para consigo mismo y para con los demás. Por el hecho de ser persona, el hombre se autodetermina en vistas a la trascendencia de su propio ser, trascendencia que comienza en la posibilidad de llamar al otro con el pronombre "tú". "Tú" significa otro como yo, a quien yo debo respetar y amar para que conmigo construyamos nuestros mutuos proyectos existenciales. Trascendencia significa que el hombre no se instala en el mundo como lo hace el mero animal, ya que no está determinado por el instinto. Trascendencia significa, en última instancia que, en tanto es una realidad espiritual, el hombre se encuentra abierto a la posibilidad de la realización de la plenitud de sentido en su vida: Dios.

Esa plenitud de sentido que se da por la vía de la fe, esto es, ese mirar al hombre desde la perspectiva de Dios y que implica un proceso de crecimiento que comienza en la metanoia, es decir, en el cambio de perspectiva desde la cual miramos al hombre y a la realidad toda. Fe que podemos concebir desde varios horizontes, ya que la fe es, en primer lugar, conocimiento: conocimiento que el hombre tiene de sí mismo en tanto se descubre como ser llamado a la trascendencia; fe que es, en segundo lugar, creencia: creencia en el otro, en mi prójimo en tanto es persona, esto es, en tanto él también es un ser abierto a la trascendencia y hacemos parte cada uno de la realidad de sentido del otro. Fe en tercer término, en tanto es ella entrega incondicional de la persona a alguien que otorga plenitud de sentido a su vida. Fe, en síntesis, en tanto es apertura del hombre que hace posible que Dios se revele a través de él. En todos los casos antes señalados, se trata de un proceso, de una búsqueda constante a través de la cual vamos construyendo nuestro propio ser.

Dios como plenitud de sentido de la existencia humana y que se revela constantemente en la creación: en el universo, en la naturaleza, en su Palabra y, de manera especial, en y a través del hombre mismo. Vista desde la fe, la realidad toda es vista como huella creatural de Dios, especialmente la realidad humana, lugar privilegiado de la revelación divina. Estar en posesión de la fe consiste, pues, en la capacidad del creyente de ver a Dios en todo, sin que existan lugares, ni momentos exclusivos para la presencia de Dios.

En síntesis, la filosofía con su visión del hombre en tanto existente biográfico o proyecto que debe construirse, no se opone a las ciencias que le dicen que consideran al hombre como un ser vivo en el sentido natural. Sabemos que el hombre comporta las dos dimensiones, la natural y la biográfica, aunque aquello que lo define propiamente frente al mundo de los otros seres vivos es su existencia proyectiva, su existencia en tanto biografía.

Ello quiere decir que el hombre es un ser que se encuentra abierto a un campo de posibilidades que no agotan su propio ser. El hombre nunca llega a decir: “ya logré la perfección y nada más tengo que hacer en la vida”, pues está y permanece abierto a la perfectibilidad sin límites; nunca puede agotar sus propias posibilidades ni las que le brinda la realidad.

Ese proyecto que soy yo no puedo realizarlo yo solo; soy un ser-con-otros. En esto se funda mi dimensión social. Puedo crecer en mi proyecto humano en la medida misma en que hago o procuro que otros a mi alrededor puedan crecer como tales proyectos. De aquí que, como afirma Don Julián Marías, filósofo español, en el hombre vivir significa convivir. Los animales o las plantas no conviven; simplemente viven.

Por otra parte, a diferencia de la planta o del mero animal a quienes les basta que el medio natural o entorno les proporcione el sustento necesario para su vida natural, el hombre no podría vivir sólo de la respiración del oxígeno y de la alimentación o de la simple reproducción: el hombre requiere para su existencia de otros elementos. Dentro de estos mencionemos, por el momento tres: el sentido, los valores y la libertad.

Si la vida natural depende del oxígeno que respiramos y de la buena alimentación y el ejercicio físico, en general, de un buen régimen de vida, la vida como existencia biográfica depende de nuestra capacidad de descubrir sentido a lo que hacemos, a lo que tenemos, a lo que realizamos; de dar sentido a lo que hacemos, a lo que tenemos, a lo que realizamos. Nuestra existencia no sólo se nutre, sino que vivimos, nos movemos y existimos en una realidad de sentido. Las cosas, las personas que nos rodean, tienen para nosotros un sentido y de ese sentido se nutre nuestra existencia biográfica. Debe advertirse sobre los peligros que en nuestra sociedad actual amenazan nuestra realidad de sentido. La pérdida del sentido de la vida, como bien lo señaló Viktor Frankl, es la neurosis de origen espiritual que ataca a nuestro tiempo.

Por otra parte, descubrimos la realidad como valiosa, pues, no podemos los hombres aprehender esa realidad en forma neutra, sino siempre de manera valorada. Esto significa que los valores son realidades en nuestra existencia; sin ellos no podemos llevar a cabo la realización de nuestra biografía. Los valores sustentan nuestra dimensión de convivencia; sin los valores no podría darse la convivencia de los hombres.

Como en la parte anterior, en donde nos referimos a la posibilidad de la pérdida del sentido y la caída en el vacío existencial, debemos advertir que las llamadas crisis de valores parece que no son algo que afecte a los valores como tales, sino que es crisis de la facultad apreciativa o valorativa del hombre, lo que, tanto Frankl, como el filósofo español Xavier Zubiri, han calificado como una crisis de la moralidad o desmoralización del hombre.

En tercer lugar la libertad. Esta es la realidad más valiosa para el hombre. Sin ella no se darían las posibilidades de su realización, sin ella carecería de todo sentido hablar del hombre, no sólo como realidad biográfica, sino como persona. Pero, libertad no quiere decir que el hombre pueda hacer todo aquello que bien le plazca; la libertad no puede entenderse sin condicionamientos, pues, se convertiría en libertinaje. Por el contrario, ser libre

es estar obligado con alguien o hacia alguien. Obligación significa ligadura que me ata al otro u otros para quien o quienes me encuentro comprometido a algo. Libertad es compromiso con el otro u otros.

Porque tiene la importancia que se le debe otorgar, por esto mismo se debe advertir sobre los peligros que amenazan constantemente a la libertad y es que cuando el hombre, por cualquier tipo de razones hipoteca su libertad, se aliena, esto es, se vuelve ajeno a sí mismo sin lograr autodeterminarse y, por tanto, pierde la posibilidad de su realización como persona, como existencia biográfica, ya que todo aquello que induce a detener o deformar el proceso de desarrollo personal hacia el logro de su fin o vocación humana, convierte al hombre en un ser alienado, enajenado. La construcción de la personalidad, en el sentido zubiriano del término, no es posible sin la conquista y el uso de la libertad.

Uno de tales peligros se encuentra en las múltiples caras del determinismo a las cuales pueden conducirnos fácilmente las posturas filosóficas derivadas del biologismo fisiológico y genético en donde la libertad resulta imposible para el ser del hombre, ya que sus actos se encuentran todos determinados por el funcionamiento orgánico; o la derivada del determinismo psicológico al negar al hombre la decisión libre de sus propios actos, ya que estos provienen de una voluntad que se inclina a la motivación más fuerte y que hunde sus raíces en lo arcano del inconsciente; o la derivada del determinismo histórico que ve al hombre como el resultado de fuerzas ciegas que rigen el mundo social en el cual se encuentra prisionero.

Ser persona implica, pues, el ser libre, como el ser libre conlleva el concepto de ser autónomo y la posesión de la autonomía es la que hace que cada quien pueda elegir aquello que quiere llegar a ser. Dicho de manera negativa, carecer de libertad es carecer de autonomía y, por tanto, encontrarse en la imposibilidad de elegir su propio destino.

A manera de conclusión general podemos afirmar que el hombre es un ser que, por su especial constitución, no sólo posee una vida natural, sino que es, ante

todo, una existencia. Esta existencia es algo que el hombre debe construir y lo hace en convivencia con otros seres que son como él. Para lograr la realización plena de su ser con los otros, el hombre requiere ver su vida en la dimensión de la realidad de sentido, requiere habitar su mundo como un ámbito de valores y requiere el espacio pleno para el ejercicio de su libertad, pues, el hombre es antes que nada una PERSONA, término y concepto con el cual expresamos todo lo que tenemos que afirmar del hombre frente a los demás seres de la naturaleza.